



El relieve de la península sudafricana presenta una relativa simplicidad: una planicie interior deprimida en su centro (depresión de Kalahari); un gran escarpamiento que limita al este, al sur y al oeste esta planicie y por último una franja marítima cuya latitud aumenta a medida que uno se acerca a Mozambique.

Dos regímenes pluviométricos ofrecen lluvias de verano para la casi totalidad del país (con variaciones regionales no obstante) y lluvias de invierno especialmente en la región del Cabo. En su conjunto el régimen pluviométrico es poco favorable: de los cinco millones de km² de África Austral, dos solamente quedan bien regados, uno recibe precipitaciones apenas suficientes para permitir actividades agrícolas y los dos últimos millones son totalmente áridos.

El territorio propiamente dicho de África del Sur comprende tres grandes cuencas hidrográficas: la del Limpopo, impropia para la navegación; la del Zambeze, río navegable cuyo cauce, empero, es débil como es el caso de las corrientes de aguas tropicales (el régimen de pequeños ríos costeros del Mozambique y del Natal es, contrariamente, mejor); y la cuenca del Orange que cubre un inmenso territorio de 900 000 kilómetros cuadrados, donde se llevan a cabo importantes acondicionamientos para regularizar el lecho del río y de su principal afluente, el Vaal y permitir de esta manera la navegación, la irrigación y la producción de electricidad.

La flora es de tipo clásico: selvas que bordean las fachadas marítimas y las cuestas; sabana al norte del Transvaal; el Veld —formación puramente herbácea de gran importancia para la ganadería— cubre el centro y el sur del Transvaal, así como la mayor parte del Orange; estepa al sur del Kala-

hari; hay que apuntar, por último un sector con vegetación mediterránea en la provincia del Cabo. 33

La vida económica de Africa del Sur, tal como se puede conocer actualmente, es el producto de las condiciones naturales y de una voluntad histórica más o menos evidente. Como ocurre en todas partes, existe una larga historia de desarrollo económico del país: pero lo notable es que la sistematización del apartheid es un proceso reciente. La culminación de este sistema es contemporáneo de los fantásticos progresos económicos y técnicos del último decenio que incluyó a Africa del Sur como al resto del mundo. En consecuencia, no es ocioso precisar el período por el cual se pretende describir los procesos económicos de Africa del Sur. Pero para abordar el período más cercano es necesario tener en cuenta los caracteres generales y permanentes de esta vida económica.

Este camino, nos lleva a referirnos, simultáneamente, a la imagen más reciente de las actividades de Africa del Sur y a lo que emana de la historia y del contexto geográfico del país.

En este vasto territorio, de suelos poco fértiles, de malas condiciones pluviométricas, donde la lucha contra la erosión de los suelos es obligación de cada instante, la agricultura desempeñó un papel análogo al que se puede observar en otros países industrializados y, por consiguiente, diferente del que continúa representando en la mayor parte del Tercer Mundo. (Sin embargo, ello es cierto solamente para el conjunto del país y no para la población africana propiamente dicha). *Al mismo tiempo que el volumen de la producción agrícola aumenta, se observa una disminución relativa del peso de la agricultura en la renta nacional.* En 1961-1962, las rentas de la agricultura sólo representaban ya el 12% del ingreso nacional bruto. La tabla siguiente expone la proporción de los distintos sectores de la economía en la formación del ingreso nacional bruto:

	1912	1938	1958
Total	132	373	1986
Agricultura, ganadería bosques*	23.1 (17 %)	42.7 (11.8%)	239.7 (12%)
Minas*	36 (26 %)	73.2 (21 %)	253 (12.8%)
Industrias*	8.9 (6.6%)	65.8 (17.5%)	501.9 (25.3%)
Comercio*	18 (13.5%)	51.8 (14 %)	247.5 (12.5%)
Sector terciario (sin el comercio)*	46.8 (36.7%)	138.9 (35.7%)	743.1 (37.4%)

* Cifras en millones de libras (Battistini), op. cit.

34. Pero paralelamente si se toma como índice de la producción agrícola la cifra 100 para el año 1947, se alcanzarían 192 en 1963. Este aumento de la producción se debe esencialmente a la intensa mecanización de los campos surafricanos: en 1937 contaba con 6,000 tractores contra 122,218 en 1961. De una manera general, los progresos de la agricultura se explican por el concurso importante que el estado aporta a los productores: préstamos, estaciones de investigación, estímulo a la formación de cooperativas (que pasan de 11,500 en 1912 a 251,000 en 1958). Esta intervención de los poderes públicos es cada vez más sensible en numerosos sectores de la vida económica y merece ser subrayada. Traduce una voluntad de dirigismo a menudo necesaria para institucionalizar la segregación en el proceso de la producción: ese dirigismo, furioso y frenético, se ejerce exclusivamente en favor de los blancos. De esta suerte, en el nivel individual ocurre a veces que la segregación se opone al interés económico inmediato del productor blanco, éste puede entonces infringir la legislación y llamar trabajadores africanos cuando falta la mano de obra blanca especializada.

En todo caso si no estamos mal informados, se puede afirmar que aquí como en otros sectores de la vida económica, el papel de los africanos en la producción agrícola, es esencialmente el de una masa asalariada, que trabaja en las peores condiciones: esto es lo que permite, por otra parte, a los blancos aumentar considerablemente sus excedentes agrícolas. Esto puede ser constatado con el análisis de los sectores industriales y mineros.

Para abordar este análisis, conviene subrayar la importancia de los recursos minerales de Africa del Sur y la rapidez de su crecimiento industrial. Los datos estadísticos y las condiciones del progreso industrial nos permitirán seguidamente asir —mejor que en el sector agrícola— las bases, o mejor aún las motivaciones económicas del apartheid.

El suelo y el subsuelo de Africa del Sur, como se sabe, es rico en oro, diamantes, platino, uranio, carbón, hierro, manganeso, cromo, amianto, antimonio, etc. Lo que se sabe menos, son las dificultades geológicas y tecnológicas que comporta la explotación del oro. Esas dificultades solamente pueden superarse —y de manera rentable— en la medida que se pueda utilizar a discreción la mano de obra africana que acepte trabajar en las peores condiciones, por salarios bajísimos.

M. J. Pentz¹ recuerda las dificultades y obstáculos naturales como son «la profundidad de los lugares de trabajo, la estrechez de los yacimientos, el calor excesivo, el polvo, y las filtraciones de agua, las amplias fisuras en la

¹ M. J. Pentz, *Africa del Sur: ensayo de crítica científica*. Tesis inédita amablemente prestada por la Sra. E. Mathiot, miembro del Comité francés anti-apartheid.

roca, etc.»; obstáculos tales que «harían inexplorable esta industria en cualquier otro lugar que no fuere Africa del Sur».*

En diciembre de 1963, se contaba en las minas de Africa del Sur, 48,075 blancos (empleados en los trabajos de superficie, en los servicios o en el personal dirigente) contra 386,301 empleados negros. Los salarios de unos a otros varían de 15 a 1; esta disparidad es mantenida por las barreras raciales que prohíben a los africanos ascender a tareas «elevadas». Además, privados *legalmente* de derechos políticos y sindicales, los obreros africanos no tienen ningún recurso y están prisioneros de un sistema del cual veremos las contradicciones.

A pesar de los bajos salarios pagados a los mineros africanos, la extracción del oro exige grandes medios financieros; esto explica que más de trescientas explotaciones están repartidas entre siete grupos financieros (la producción de oro, tras un ligero retroceso entre 1946 y 1951, pasó de 11,505,649 onzas finas a más de 20 millones en 1959 y a 27,431,573 onzas en 1963, o sea, 840 toneladas).

En cuanto al diamante, las estructuras de explotación implican un capitalismo de monopolio si se tiene en cuenta que la De Beers, controla toda la explotación del diamante en Africa del Sur: es decir, alrededor de 2,590,000 kilates en 1960 (veinte y cinco vetas explotadas de 150 censadas). Añádase a esto la producción de diamantes sintéticos.

Africa del Sur posee los únicos yacimientos importantes de carbón de todo el continente; su producción se acrecienta constantemente: 23,968,000 toneladas en 1948; 35,395,966 en 1955 y 46,797,958 en 1963.

Carece, por el contrario, de petróleo: se ha constituido una sociedad estatal para asegurar la fabricación sintética a partir de la hulla.

El auge industrial puede ilustrarse con dos series de cifras: en 1912 contaba con 60,000 obreros industriales y 2,600 fábricas; en 1962 716,000 obreros y 12,900 fábricas. Junto a una importante industria pesada (carbón-hierro) localizada esencialmente en el Transvaal y en el Natal, hay que señalar numerosas industrias de transformación: textiles, de automóviles, productos alimenticios, etc., situadas especialmente en las cercanías de los puertos. En resumen, Africa del Sur se proveyó recientemente de una industria de armamentos y de material bélico que está modificando considerablemente sus estructuras económicas.

En materia de vías de comunicación, Africa del Sur, dispone de una red de vías férreas de gran densidad, cuya extensión fue estimulada por el

* La idea que se sustenta con ayuda de esta cita incide en una falacia ampliamente difundida: la estructura racista de Sudáfrica se da a partir de las condiciones naturales; esto encierra una peligrosa visión racial de la cuestión: «sólo los negros pueden trabajar bajo esas condiciones». En realidad, la cuestión es más compleja, como pretendemos mostrar en los otros artículos contenidos en este número. (N. de la R.)

36 desarrollo minero (23,200 kms. de vías en 1963 de los cuales 5,800 están electrificados). Es de notar que esta red se encuentra conectada con Mozambique y con Rodesia y que el tráfico de pasajeros hacia esos países, sobre todo hacia Rodesia, es muy activo).

La red vial está igualmente muy desarrollada. Es una de las primeras en todo el continente y comporta en particular, numerosas carreteras secundarias (que aseguran la comunicación con la multitud de pequeños centros rurales blancos). En cambio, la red aérea es restringida como en los demás países africanos.

La agravación y la sistematización del apartheid están ligadas al auge industrial, a la urbanización, en una palabra, al desarrollo económico. Las riquezas naturales del suelo permitirían a Africa del Sur realizar su expansión económica según otros principios pero, una vez comprometida en la explotación de los negros africanos, la economía del país conducía incesantemente a una agravación de la segregación a tal punto que el salto económico hubiera sido quizás imposible sin el apartheid.

Esto no contradice, naturalmente, la idea de que otra orientación habría podido conducir al mismo auge económico, ya que, el progreso que conoce hoy Africa del Sur está amenazado por un manojo de contradicciones.

Serge Thin² evoca, en su análisis una coherencia de la economía sudafricana que resulta, según él, de una especie de «colonialismo interior» propio al país. Ciertamente, esta coherencia existe, pero existe como la lógica económica de todo universo concentracional, es decir, que está condenada a un término.

Quisiéramos patentizar aquí algunas de esas contradicciones. Y ante todo la que surge de las estadísticas demográficas y que explica en gran parte la sistematización gradual del apartheid en el curso del último decenio.

Estas estadísticas descubren un distanciamiento cada vez mayor entre la cifra de la población blanca y la de la población no blanca. La tabla siguiente lo muestra claramente:

	Blancos	Bantus*	Indios	Coloureds**
1904	1,117,234	3,490,290	122,311	444,991
1921	1,521,343	4,697,285	163,594	545,181
1936	2,003,334	6,595,597	219,691	769,241
1946	2,372,044	7,830,559	285,260	928,062
1951	2,641,689	8,560,083	366,664	1,103,016
1960	3,088,492	10,907,789	477,125	1,509,258

* Bantus: plural de muntu que quiere decir hombre.

** Coloured: mestizo de europeo, oriental y de africano (sobre todo Hotentote). Forman una clase intermedia, en el plano económico y social, entre los blancos y los bantus. Es un grupo dinámico desde el punto de vista demográfico. Se les encuentra sobre todo en la provincia del Cabo. (N. de la R.)

• *Notas sobre la coherencia de la economía africana.*

Prov. del Cabo	1,003,207	2,990,947	18,477	1,330,089
Natal	340,235	2,199,578	394,854	45,253
Transvaal	1,468,305	4,633,378	63,787	108,007
Orange	276,743	1,083,886	7	25,909

Los blancos son cada día más minoritarios, pero al mismo tiempo, cada vez más concentrados en las ciudades y esta concentración urbana es típica de toda sociedad en trance de industrialización: 68% de la población blanca estaba urbanizada en 1963; en 1970, ese porcentaje pasará del 80%.

La rapidez de ese proceso de urbanización distingue a África del Sur de todos los demás países del continente: 23% de la población total de África del Sur se encuentra en ciudades de más de 50,000 habitantes, mientras que en Costa de Marfil el 6.8% de la población reside en aglomeraciones de más de 20,000 habitantes, en Senegal, 16.3%, etc. Esta urbanización acelerada refleja los progresos de la industrialización de la agricultura y la disminución de la parte que ella representa en la formación de la renta nacional. Aquí es donde las contradicciones se manifiestan: el desarrollo económico es especialmente industrial (de los blancos) y exige una mano de obra africana siempre más numerosa y más disponible (29% de la población bantú está urbanizada); pero al mismo tiempo esta presencia necesaria, esta «promiscuidad» es contraria a la ideología del apartheid entendido como «desarrollo separado»; lo que hace que se empuje incesantemente a los africanos que no sean necesitados en las empresas blancas a las reservas, dejando «emigrar» sólo a los trabajadores útiles a la economía, según una dosificación compleja. La institución del pase o permiso de circulación, ilustra esta tendencia que hace de los africanos, «extranjeros» en las zonas blancas.

Se comprende, y es evidente, que no se trata en ninguna medida de extranjeros iguales: es obligado que los africanos constituyan, de modo permanente, una reserva de mano de obra dócil la que podrá ser siempre utilizada sin dificultad.

De ahí las condiciones draconianas de albergue de los negros en las proximidades de las ciudades de los blancos, las condiciones igualmente draconianas de su empleo, y en el otro extremo del sistema la creación de los bantustanes, justificados en nombre del apartheid pero forzosamente vacíos de contenido real por las razones económicas conocidas. (Los bantustanes aparecen cada vez más como reservas donde vegetan los africanos no utilizables en el aparato de producción de los blancos, es decir, los niños, los ancianos, los inválidos, las mujeres, etc.).

36 Evidentemente, por motivos ideológicos diametralmente opuestos a estas dos vertientes del apartheid, no podemos aceptar el principio del «desarrollo separado»; pero es importante demostrar que, incluso según el sistema deseado y montado por los blancos, no existe «desarrollo separado» por la simple razón que no hay absolutamente ninguna posibilidad de desarrollo para los africanos.

Para convencerse de ello mediante cifras, basta comparar la evolución de los niveles de vida en función de los grupos raciales: según M. J. Pentz el ingreso anual *per cápita* era en 1959 de 425 libras para los blancos, de 54 para los «mestizos» y de 39 libras para los bantus; en un período más reciente no precisado por el autor, estos mismos ingresos alcanzaban a 624 libras para los blancos y 37 para los bantús. Se podría pues hablar de una depauperización de los africanos, si este término reflejara en su acepción este nivel de pobreza. Recordemos, sin embargo, que los años que precedieron las guerras y los movimientos de independencia en el Tercer Mundo se caracterizaron todas por un fenómeno de depauperización de las masas que, posteriormente, desempeñaron un papel capital en la lucha armada o no armada.

Según otro cálculo de M. J. Pentz, el ingreso anual es de 109 dólares *per capita* en Africa contra 115 dólares para los indios y coloured en Africa del Sur y 90 dólares para los bantus. Dicho de otro modo, los africanos de Africa del Sur tienen un ingreso inferior al ingreso medio de los otros africanos. Esto dice mucho sobre el éxito del «desarrollo separado» (las cifras relacionadas con la educación, la salud, etc., confirmarían todas estas conclusiones).

Fuera de los aspectos políticos y morales del problema, nos resta inquirir si tal sistema es rentable desde el punto de vista puramente económico. Sabido es, que actualmente la ayuda aportada por las grandes potencias capitalistas permite al régimen de Pretoria, no sólo mantenerse sino más aún, reafirmarse. Pero si esta ayuda extranjera es decisiva, ¿significa esto que sin ella el régimen del apartheid se derrumbaría y si así fuera, sería acaso en razón de las contradicciones inherentes a su organización económica?

Los blancos se esfuerzan por remediar la situación que crea su inferioridad numérica. Los argumentos ideológicos en favor del apartheid, la voluntad de mantener sus privilegios económicos exorbitantes son los fundamentos de este proyecto.

De ahí la sistematización del «desarrollo separado», una sistematización impar y quizás sin precedente. En lo ideal, una separación espacial verdaderamente hermética aseguraría el rigor segregacionista. Pero esta

hermeticidad es imposible, pues los blancos necesitan de los africanos como mano de obra (solamente una automatización prolongada del aparato de producción permitiría, teóricamente, asegurar la hermeticidad).

La separación es igualmente imposible ya que los bantustanes, es decir, las reservas, no son rentables económicamente (esos agrupamientos devienen por otra parte), muy difíciles de operar ya que los treks (emigraciones) sucesivas de los Boérs dispersaron las propiedades agrícolas de los blancos. En todo el país, hay 103,000 propiedades blancas de las cuales 42,500 de más de 540 hectáreas y 32,000 entre 90 y 450 hectáreas.

No tardaremos en demostrar el sin sentido económico de los bantustanes, que se desprende del análisis del apartheid como sistema. Recordemos solamente que en los territorios de reservas no se encuentran grandes ciudades ni industrias, ni recursos naturales, ni puertos marítimos, etc. Esos territorios reservados representan alrededor de 165,000 kms cuadrados o sea, 13% de la superficie total de la república, en los cuales, teóricamente deberían vivir y trabajar el conjunto de los africanos. En 1955, una investigación oficial, confiada a la comisión Tomlinson, concluyó que solamente la mitad de la población africana podría vivir en los territorios de las reservas. Los informes de que disponemos sobre el primer bantustán, el del Transkei, confirman ampliamente estas conclusiones.

Realmente, el principio del «desarrollo separado» no es más que una coartada ideológica que, aunque satisface la mentalidad racista de los blancos, está destinada en el fondo a camuflagear un sistema económico cuyo mecanismo es el colonialismo más puro. A este efecto, la creación —o el proyecto de creación— de ciudades industriales alrededor de los bantustanes, y no en el interior, viene a subrayar que la imposibilidad de vida económica de las reservas es deseada y traduce la voluntad de lograr reserva de mano de obra en beneficio de los blancos.

A guisa de esto, se emplaza un sistema migratorio de mano de obra en provecho de una economía blanca cuyo grado de tecnicidad es cada vez más elevado. En lo sucesivo, la circulación y la estancia de los bantus en zonas blancas depende exclusivamente de las necesidades de mano de obra de las empresas blancas. Los empleos reservados a los bantús excluyen cualquier formación profesional, puesto que se trata de trabajos no calificados, de tal modo que obrero agrícola y obrero industrial son intercambiables.

Todo el problema consiste en saber si la evolución técnica de la economía blanca —en particular bajo la influencia del desarrollo de la industria militar— podrá satisfacerse de ese sistema migratorio primario. Es notable

40 ya un verdadero despilfarro, resultado de esta rotación de los trabajadores africanos. Nosotros enfocamos solamente la situación desde el punto de vista de los blancos; ya que desde el punto de vista de los africanos la causa es más profunda (salarios de miseria, destrucción de la vida familiar y tradicional como consecuencia de los desplazamientos perpetuos, separaciones de las familias africanas, purgas represivas que padecen ininterrumpidamente, etc.)

En su estudio, Serge Thion rememora que la comisión Tomlinson «estimaba en cerca de doscientos millones de jornadas de trabajo la pérdida sufrida por la economía como consecuencia de la inactividad de una parte de la mano de obra migratoria... La cifra hoy es, sin duda, más elevada...»

¿Ese despilfarro es acaso la fuente de una contradicción propia de la economía de Africa del Sur? A primera vista, estaríamos tentados a responder afirmativamente, sin embargo, en un sistema tan irracional como el apartheid, debemos tener en cuenta el hecho de que los costos sociales de la mano de obra africana no se toman en consideración por la economía moderna, tanto menos cuanto que los salarios pagados a los trabajadores africanos son «subsalaros». Si como afirma Serge Thion, la economía de apartheid es la herencia y la consolidación de una «colonización interna», precisa recordar también que, la crisis general de la descolonización sobrevino en el momento en que la economía establecida por la colonización planteaba problemas irresolubles dentro del sistema en vigor.

Hay que preguntarse si la economía sudafricana «coherente» en un país con un «colonialismo interno» no dejaría de serlo en un país de economía moderna. Sería útil interrogarse, por otra parte, cuál es el grado exacto de modernización de la economía sudafricana.

Es así como la economía de Africa del Sur debe soportar los costos de la organización, tan compleja y tan onerosa, del apartheid: efectivos policíacos, fuerzas militares, aparato administrativo muy pesado, etc. Esos gastos se cubren en parte por las imposiciones draconianas sobre los africanos, y por un aparato devorador de finanzas cuya supresión no puede ser concebida. Por otra parte el consumo interior permanece relativamente débil, cualquiera que sea el nivel de vida de los blancos, ya que la masa de los no blancos no puede ser considerada como consumidora.

Todos los sistemas neocapitalistas avanzados tienen, evidentemente, sus desequilibrios, sus pobres y sus zonas deprimidas —lo que hace precisamente necesaria su eliminación— pero ninguno presenta un desequilibrio análogo al que reina en Africa del Sur, donde la aplastante mayoría de la población es mantenida fuera del circuito de la economía moderna. Para

modificar este estado de cosas se necesitaría otorgar los puestos calificados basándose en las aptitudes y no en el color de la piel, o bien elevar seriamente los salarios de los que ejecutan tareas no calificadas.

En las dos hipótesis se atacaría al sistema del apartheid. Pero si uno se pregunta sobre la rentabilidad de ese sistema, el problema es simple: ¿es acaso más rentable utilizar una mano de obra anormal, que cueste poco en salarios, pero que exija el mantenimiento de todo un aparato represivo (y que al fin de cuentas es forzosamente poco productivo), que una mano de obra normal, con salarios elevados pero productiva y que no exija el fantástico aparato de represión que se ha dotado Africa del Sur?

Esas interrogantes, se las hacen algunos capitalistas sudafricanos. Hemos mencionado casos de derogación de la segregación en el empleo; Ania Francos en su libro, habla igualmente de las dudas que manifiestan en privado técnicos e intelectuales sudafricanos sobre las posibilidades de ese sistema.³

Si se añade a esa inestabilidad económica y social la que proviene y provendrá cada día más de la actividad de los movimientos nacionalistas africanos, cabría preguntarse si no surgirán dudas también en los capitalistas inversionistas extranjeros. Esas dudas, es verdad, no se expresan en el porvenir inmediato, ahora bien, lo que interesa primeramente a los que invierten en una economía colonial, es el corto plazo. Por otro lado todo ese mundo, blancos de Africa del Sur y sus socios capitalistas extranjeros, está decidido a mantener a todo precio el sistema del apartheid a despecho de las fisuras que lo amenazan. La situación mundial no es capaz de invalidar tal estrategia: en todo caso la amplia participación del capital extranjero en Sudáfrica, la ligazón cada vez más estrecha entre el gobierno de Pretoria y los países vecinos (Rodesia y las Colonias Portuguesas), en fin la expansión de la industria militar, prueban suficientemente que todo está en marcha para sobrepasar las contradicciones económicas inherentes al sistema del apartheid.

El capital extranjero, cuya participación en Africa del Sur es más fuerte que en cualquier otro país del continente, representa un papel importante

³ Hay que apuntar que el principio migratorio conduce a expulsar de las ciudades a numerosos bantus para enviarlos a las reservas, lo que rompe, de cierta manera, esta especie de «clase media» africana que se había estructurado en las aglomeraciones. M. J. Pentz escribe al respecto:

Existe una clase permanente y numerosa de ciudadanos africanos cuyos miembros, para citar uno de ellos, nacieron, crecieron e hicieron su vida en las ciudades y no conocen otro medio ni otro género de vida. Tratar de destruir esta clase por ley es humanamente y económicamente indefendible.

El sistema migratorio pone fin a esta clase que estaba en vías de constitución y le impide todo desarrollo nuevo. Se va así hacia una verdadera «subproletarización» de los bantus.

42 en la fijación de los modos y los niveles de la inversión privada local, tanto más cuanto que, contrariamente a lo que sucede en los sistemas económicos coloniales clásicos, los excedentes son, en gran parte reinvertidos en el país. Esta participación extranjera ha sido decisiva en la diversificación de la economía sudafricana y constituye la parte dominante del capital en varios sectores industriales.

En 1960, el valor del capital extranjero invertido en Africa del Sur, era tres veces superior a lo que era en 1936: quedandonos cortos, se puede estimar según Vella Pillay, en 4,500 millones de dólares.

Desde 1962, fecha que marca el comienzo de la presión de la opinión mundial y la ONU sobre el gobierno sudafricano, el flujo de capital extranjero no ha cesado de acrecentarse, algo así como una contrabalanza a la política de las presiones.

Solamente en la industria automovilística (especialmente en Durban), se han invertido, en cuatro años, 300 millones de dólares. La industria automatizada de máquinas-herramientas y de equipos ha conocido un desarrollo acelerado, gracias a las inversiones occidentales y a 120 millones de dólares que ayudaron a la prospección petrolífera y a la producción del oro negro. Según un estudio del «South African Reserve Bank» fechado de 1963 sobre las posesiones y las participaciones del capital extranjero, la parte de Inglaterra en el capital occidental total era entonces de 53%. Sin embargo, la parte británica, históricamente determinante en la economía sudafricana, ha disminuído en estos últimos años a medida que los inversionistas extranjeros se diversificaban. Quizás, las dificultades propias de la economía británica sean en parte responsables de ese retroceso; recordemos que Africa del Sur reclamó un status de asociado en el caso de que Gran Bretaña entrara en el Mercado Común.

Paralelamente al crecimiento de las inversiones extranjeras, asistimos a un aumento vertiginoso de los presupuestos militares. Entre 1960 y 1965-66 los gastos militares se multiplicaron por 5.5; alcanzando la cifra de 321 millones de dólares en 1965-66 y 358.3 millones en 1966-67.

El embargo sobre las armas y el material bélico, decidido en 1962 por la Asamblea General de las Naciones Unidas, conducirá al régimen sudafricano a dotarse de industrias de armamentos clásicos y modernos. Los capitales extranjeros y los intercambios, desempeñarán un papel vital en esta militarización de la economía que entrañará para el país un boom sin precedente aunque provisional. (La investigación en el dominio militar será particularmente estimulante para el resto de la economía nacional, un

poco, como lo ha sido para los Estados Unidos). Pero, aún así, se arriesga a desembocar tarde o temprano en un impasse, ya que parece imposible concebir como factible una economía, cada vez más sometida a la militarización. Además, los límites del mercado interno, el hecho de que la comunidad blanca es minoritaria, el aislamiento internacional de Africa del Sur, etc., hacen que su caso sea diferente al de los Estados Unidos.

Indudablemente, es por razones de este orden que el gobierno trata de exportar el apartheid. Se constata la introducción de capitales extranjeros en Rodesia encubiertos bajo filiales o asociados sudafricanos (se sabe que las sanciones económicas previstas en el capítulo VII de la ONU, son aplicadas contra el régimen de Ian Smith). Por mediación de Africa del Sur, Rodesia es aprovisionada de productos petrolíferos. Por otro lado el gobierno de Pretoria tiende a levantar un vasto Mercado Común Africano Austral que englobe, además de Africa del Sur y Rodesia, a Mozambique, Angola, así como a los exprotectorados británicos de Basutolandia, Bechuana-landia, Swazilandia y el Suroeste africano (sobre el cual la tutela de Pretoria se mantuvo por el escandaloso veredicto de la Corte Internacional de La Haya, en julio de 1966).

Esas tentativas de expansión económica, militar y política pueden ser interpretadas de diversas maneras. En la hipótesis en que nos colocamos ellas aparecen como otras tantas tentativas para sobrepasar las contradicciones de una economía fundamentalmente viciada por el régimen de apartheid y por una militarización acelerada.

Por esto, el concurso aportado por los grandes países capitalistas a Africa del Sur, aparece como balones de oxígeno destinados a prever la asfixia.

En verdad no nos cabe en la mente ver esos países enjuiciando sus principios económicos y actuando contra uno de sus productos, aunque sea, incluso, el más monstruoso. A partir del momento en que los inversionistas se plantan sobre un país es lógico verlos proteger sus capitales.

En esas condiciones no es de sorprenderse, al saber que un organismo bancario internacional, en este caso, el BIRD, concedió en julio de 1966 (después del veredicto de La Haya sobre el suroeste africano) un préstamo de veinte millones de dólares a la «South African Electricity Supply Commission». (En veinte años el BIRD ha otorgado a Africa del Sur 11 préstamos con un monto total de 241.8 millones de dólares).

Mientras que el Comité Especial de la ONU trata de arrastrar al Consejo de Seguridad para obligarle a tomar medidas contra el régimen de Pretoria, en el momento en que las tímidas sanciones decretadas por el mismo Consejo contra el régimen rodesiano de Ian Smith se viraron hacia Preto-

44 ria, ciertos organismos internacionales destinados a luchar contra el subdesarrollo continúan siendo cómplices del apartheid.

Los intereses de la economía del apartheid se enlazan con los del capitalismo internacional. Las relaciones estrechas que nuestro propio país mantiene con Africa del Sur nos dan una prueba suplementaria.

De la evolución de los intercambios franco-sudafricanos, Louis Bourdet ofrece la tabla siguiente:

	Importaciones a Francia (en 1 000 F)	Exportaciones de Francia (en 1 000 F)	Balance (en 1 000 F)
1961	271,819	144,547-	127,272
1962	322,645	179,305	143,340
1963	344,887	272,311	72,576
1964	394,884	326,967	22,917
1965	331,542	434,468	102,926

Durante los cinco últimos años, las ventas de los productos franceses a Africa del Sur aumentaron en 300%. Para el primer semestre de 1966 habían progresado en un 50% con relación al mismo período del año precedente.

La parte de los productos franceses en el conjunto de las importaciones sudafricanas ha evolucionado de la manera siguiente: 2.3% en 1961; 2.7% en 1962; 3.6% en 1963; 3.4% en 1964; 4.5% en 1965.

Es interesante, empero, precisar la naturaleza de las exportaciones francesas y la de las importaciones de origen africano.

De este modo se obtiene las dos tablas que siguen:

Exportaciones francesas	1964 (en 1 000 F)	1965 (en 1 000 F)
Calderas, máquinas, aparatos eléctricos	55,929	95,918
Autos, tractores, ciclos	52,161	45,658
Aparatos de navegación aérea	20,617	59,425
Hierro fundido, hierro, acero	23,044	43,920
Máquinas y aparatos eléctricos	27,466	35,736
Textiles, sintéticos combinados	14,527	9,587
Valor total	326,967	434,468
Importaciones francesas	1964	1965
Valor total	349,884	331,542
Lana	149,640	148,805
Frutas y Legumbres	65,017	55,224
Minerales metalúrgicos	30,319	36,207
Pieles y cuero	16,144	16,928
Sal, azufre, yeso, cemento y cal	28,943	14,469

Se constata que las exportaciones francesas compuestas otrora sobre todo, por renglones alimenticios y textiles, son hoy, esencialmente, máquinas para la industria, productos metálicos y eléctricos.

El caso de Francia conduce también a una observación general: Los países occidentales consolidan la economía de África del Sur, pero la naturaleza de sus relaciones económicas tiene algo de «colonial»;⁴ muy avanzados técnicamente, esos países contribuyen a modernizar la economía sudafricana (sobre las espaldas de los africanos) lo que les asegura ganancias sustanciales debidas al atraso del país asistido y a las ventajas que procura su organización económica interna de tipo colonialista. Ese atraso relativo y la voluntad de los blancos de perpetuar el apartheid garantiza un mercado aún considerable. Pero en el otro extremo las contradicciones inherentes al régimen de apartheid dejan entrever una duda inquietante sobre las posibilidades y la perennidad del sistema.

Esta inquietud explica en parte la carrera contra reloj a la que asistimos actualmente, y cuyo resultado depende, ante todo, del combate que se lleva a cabo, en el interior como en el exterior, contra el apartheid.

Le Temps Modernes.

Nº 261 feb. 1968

Traducción de Felipe Estrada.

⁴ El harto conocido fenómeno de la tasa elevada de ganancias provenientes de las inversiones extranjeras subraya aún este carácter «colonial» en las relaciones entre países occidentales y África del Sur. Algunas sociedades norteamericanas avanzaron, como tasa de beneficios realizados, las cifras de 19.7% en 1961; de 24.6% en 1962; de 26% en 1963.

Un folleto muy reciente de las Naciones Unidas que habrá que examinar, da indicaciones nuevas sobre el asunto.

Cf.: *Las inversiones extranjeras en la República Sudafricana*. Naciones Unidas, New York, 1967.

